

En torno al criollismo

EL *criollismo* no es otra cosa, a nuestro parecer, que una manifestación desviada del nacionalismo literario. Nacido como una necesidad del alma autóctona para exteriorizar su vivencia, ha encontrado en nuestra tierra activos cultores. El criollo—arquetipo de la civilización hispano-americana—, con su idiosincrasia bien propia, ya que es un producto híbrido del cobrizo y el blanco, ha sido tomado como sujeto de creación literaria. La intervención de lo nacional en literatura es obra patriótica, no siendo ello, por lo demás, su justificación.

Novedad, interés, formas no plasmadas, aspectos insospechados, es lo que reclama la nueva literatura a fin de que responda a la época inquietante y fabril en que vivimos. Se pide una nueva forma a la expresión y un nuevo sentir a la sensibilidad. Bien puede el *criollismo* dar esa expresión y ese sentir desconocidos; mas lo que podemos exhibir como un muestrario de su existencia no hace suponer que él sea la realización de un arte nuevo.

Cansados de la importación europea, queremos fabricarlo todo en casa. El *made in Chile* es un *desideratum*; pero no hemos dado aún, en lo que a literatura se refiere, con la obra genuinamente nacional. Porque lo nacional tiene que afectar al espíritu de la obra misma y no al lenguaje, como se ha pretendido hacerlo. No descalificamos, empero, las obras de Pérez Rosales ni las de Lillo, Maluenda y Santiván, intentos no despreciables, y sobre todo, las obras de Mariano Latorre, cuyos paisajes tienen la fidelidad y el frescor de lo vívido. Con todo, aun no podemos presentar la obra que sea trasunto veraz del alma nacional, un chileno, individualizado, que lo distinga rotundamente de los hombres de otras latitudes. No hemos creado el tipo representativo, síntesis del alma de un pueblo, como lo es *Don Segundo Sombra* del gaucho, en cuya alma no hay estadios internacionales, pues lleva la pampa metida en su corazón en forma tan intensa que al trasmitírnosla, nosotros, lejos de ella, sentimos la visión desolada de la llanura. *El roto* de Edwards Bello es acaso la mejor interpretación que se ha hecho de nuestra alma popular ciudadana, pero dicha novela está cruzada de elementos sexuales de refinamiento europeo....

Mientras tanto nos hemos dedicado a desfigurar el lenguaje popular y a atribuirle al roto cualidades o defectos que sólo la imaginación europeizada de un novelista puede concebir. El lenguaje popular es, pues, lo que menos interesa en este caso. No nos importa que los personajes se llamen Ño Peiro u On Ramire, que cuando hablen corten las palabras y digan a destajo *pus* o *iñor* y otros giros populares de dudosa trascripción, que han llegado a constituir meras estilizaciones folklóricas y que únicamente conducen a dificultar la lectura.

Por traducciones conocemos las obras de Dostoyevsky, Andreiev, Chejov y Gorky, y no obstante encontramos en ellas toda el alma eslava como si fuera la estepa infinita la que se nos adentrara. No tiene importancia el que los personajes se llamen Iván, Sonia, Alejandrovna, que tomen vodka y enciendan el samovar. Porque el escritor ha tomado el misticismo revolucionario del ruso, su nihilismo absurdo y sus pasiones primitivas, para amasar la obra literaria con los ingredientes que sólo la creación artística puede proporcionar. Así se ha producido la obra literaria que destila el alma de un pueblo.

Ahondar en nuestro pueblo, sea ciudadano, campesino o minero, extraer de él la materia prima, que en manos del escritor se producirá el milagro artístico. Nada de lenguaje transcrito que por un afán de naturalidad llega a ser convencional, ni de detalles baladíes acerca de indumentaria, pues sólo se diferenciará mediante una acertada caracterización psicológica. Y respecto al paisaje, el mínimo de enumeración botánica y de accidentes topográficos, porque son los detalles sugerentes lo que dan la evocación del paisaje. La morosidad en las descripciones no concuerda con esta época de visiones panorámicas para uso del turista, y de activismo en que el tiempo se cotiza como un valor. De ahí el descrédito en que han caído las obras de Pereda, cuya latas descripciones tienen que soportar los estudiantes por imposición de los pedagogos. Recordemos que Pereda es en España el representante más egregio del regionalismo, antepasado del *criollismo*; por eso, quizá la similitud de sus defectos.

Mientras no tengamos la obra literaria representativa que ofrezcamos al mercado intelectual como una afirmación de nuestra personalidad de pueblo, el *criollismo* tendrá valor como *documento*, susceptible de que una mano prodigiosa le dé, por su belleza, universalidad.—MILTON ROSSEL.